

Países como España deberían reorientar profundamente su gasto público. No se trata de recortar el Estado del bienestar, sino de abandonar inversiones en infraestructuras que no nos podemos permitir y son dudosamente productivas.



La educación, la investigación y la tecnología sí que son apuestas con futuro. El apoyo a los emprendedores y a las empresas que heroicamente luchan por vender en los difíciles mercados internacionales, también.

Por Vicente Pinilla*

Abocados a reorientar el gasto público

Desde que estalló la crisis helena en la primavera de 2010 hasta nuestros días, Europa y especialmente los países del área del euro, encadenan una sucesión de problemas encabezada por la todavía falta de solución, o arreglo claro, de la tragedia griega, seguida por los rescates de Irlanda y Portugal, y rematada con los altos tipos de interés que deben pagar otros países de la periferia europea, muy especialmente Italia y España, y las dudas sobre su capacidad de pago. El que nos encontremos en la actualidad al borde de una nueva recesión nos hace pensar de nuevo en los años treinta y en la posibilidad de una década perdida para muchos países europeos, con el consiguiente sufrimiento para los que se enfrentan a las situaciones más dramáticas, principalmente los desempleados.

Hay cierto consenso en señalar la situación griega como un caso aparte, en el que la mala gestión pública durante muchos años y la creación de una administración de un tamaño claramente excesivo, frente a una bajísima presión fiscal, con altos niveles de fraude, son algunos de sus rasgos principales. Los demás países con problemas se han enfrentado más bien a crisis de liquidez que de solvencia.

La gestión de la crisis por parte de las autoridades europeas se estudiará en el futuro en los libros de historia económica como un claro ejemplo de cómo la vacilación, la falta de resolución y una gobernanza inadecuada convirtieron problemas serios en extremadamente graves, con capacidad para amenazar la propia existencia de la unión monetaria.

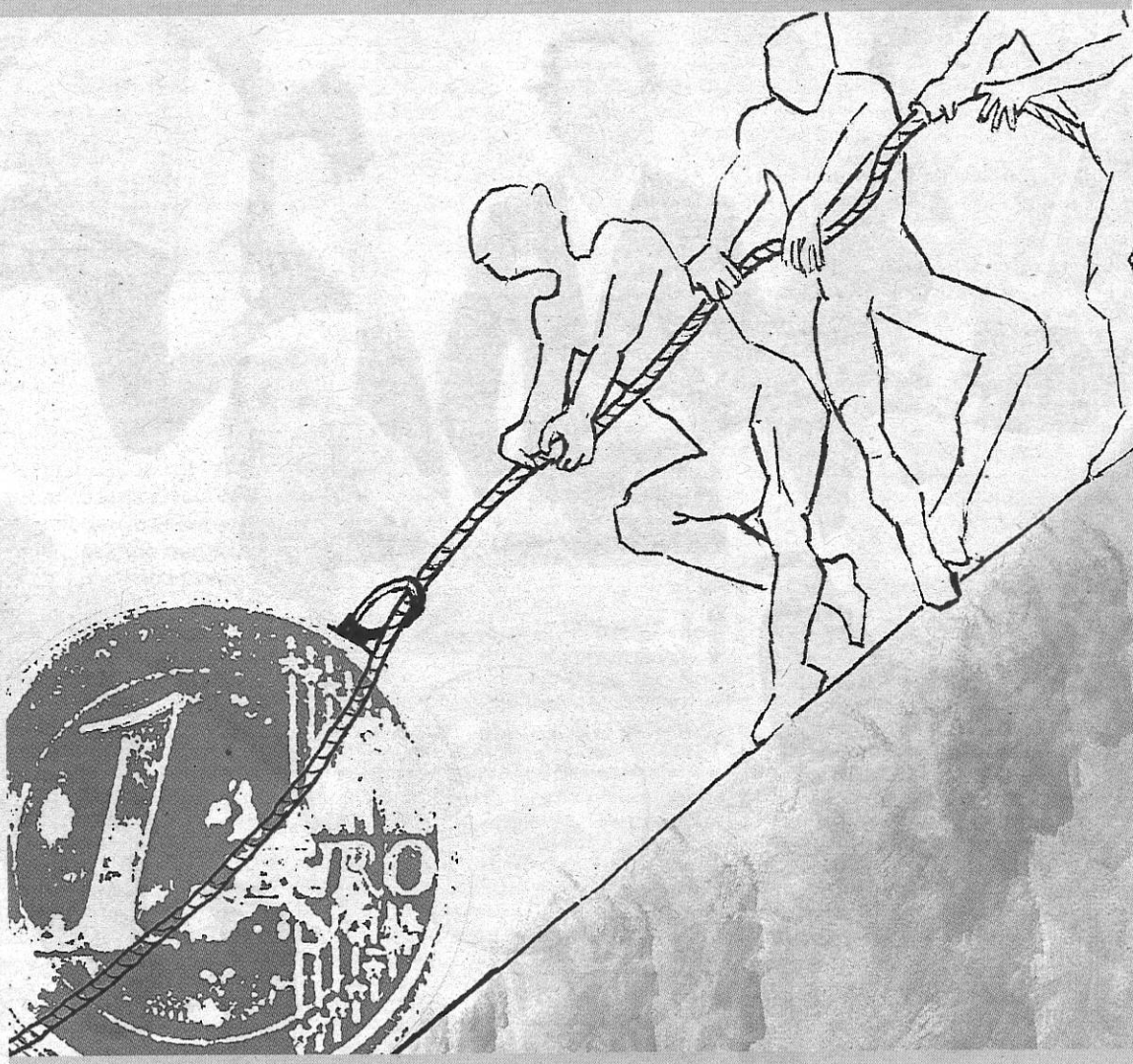
Podemos comenzar recordando los propios fallos institucionales en la creación del euro. Por un lado, llama la atención la ingenuidad de no tener en cuenta los problemas para un adecuado funcionamiento de la moneda única sin un tesoro europeo en países con economías notablemente diversas. Por otro, lo que seguramente es más grave, diseñar un Banco Central Europeo cojo, con el único objetivo de controlar la inflación sin que, a la manera de la Reserva Federal, la lucha contra el desempleo fuera otra de sus misiones fundamentales. En este caso, fueron los prejuicios ideológicos los que mutilaron la capacidad de actuación de la autoridad bancaria, como se está poniendo de relieve en los últimos meses.

Los fallos de diseño institucional han lastrado la eficacia de la acción contra las crisis de la deuda soberana, y se han amplificado como consecuencia de la voluntad de los gobiernos de los principales países europeos de asumir en solitario (el eje franco-alemán) la toma de las principales decisio-

nes, hurtando competencias a la Comisión y desdeñando cualquier posibilidad de que el Parlamento Europeo haya tenido algún peso significativo en la discusión de los problemas que había que afrontar. De facto, la tradicional pugna entre una Comisión, cuyo presidente es finalmente elegido por el Parlamento, el único órgano realmente democrático en la UE, y el Consejo, en el que están representados los gobiernos, se ha resuelto ni tan siquiera a favor de este último, sino de los gobiernos de los dos países más importantes y principalmente de Alemania. Europa ha confirmado que es un gigante económico, pero un enano político. El europeísmo, por no mentar al federalismo, se bate en retirada frente a gobiernos nacionales que no tienen ninguna voluntad de avanzar hacia una mayor integración, gobernada por instancias que respondan democráticamente ante los ciudadanos europeos. El ministro de economía alemán ha comentado alguna vez que él es el único europeísta de su gobierno. Los egoísmos nacionales presiden por

lo tanto la toma de decisiones. Estas responden por lo tanto a los intereses de los que más capacidad de influencia tienen y no a los del conjunto.

Ni siquiera podemos decir que, al menos, estos fallos de gobernanza hayan venido compensados por dirigentes clarividentes y decididos, capaces de plantear y poner en marcha soluciones eficaces para los problemas planteados. Europa comenzó a desangrarse por una pequeña herida, Grecia, que tapada a tiempo quizás hubiera evitado males mayores. La convicción de los dirigentes alemanes es que sin presión los países de la periferia no tienen voluntad de enfrentarse adecuadamente a sus problemas, y que esta es por lo tanto la vía adecuada. Nos asomamos al abismo, y solo entonces se toman medidas, timoratas y con escaso calado, para evitar lo peor. Los que operan en los mercados internacionales captan perfectamente la debilidad del gigante (enano) europeo y su falta de acierto para encontrar una salida adecuada. Por ello apuestan por la catástrofe. Mientras, el Banco



Con los tipos de interés actuales y sin crecimiento no es posible pagar la deuda

Central Europeo se preocupa por la inflación y renuncia a practicar una política monetaria adecuada para tiempos de crisis. Tenemos una moneda sin un banco central que actúe como tal. El temor a la inflación, resulta un sarcasmo ante la gravedad de la crisis.

¿Podemos realmente afrontar los problemas tan serios a los que nos enfrentamos? No así, no como hasta ahora, por lo que el catálogo de actuaciones que pueden proponerse se acercan, seguramente, más a la utopía que a una realidad que podamos llegar a ver.

En coherencia con el diagnóstico realizado, hay que afrontar a medio plazo, con valentía y en la dirección señalada, los problemas del diseño institucional que hemos planteado. Más urgente aún es convencer a quienes especulan en los mercados que la Unión Europea no va a dejar caer a ningún país y que la apuesta por el default (impago) de países como Italia o España es apuesta perdedora. Para ello hay que utilizar munición de grueso calibre. El Banco Central Europeo debe convertirse en prestamista de última instancia y asegurar una compra ilimitada de bonos de los países con problemas. Debe además bajar aún más los tipos de interés para facilitar la reactivación económica. ¡Y seguimos necesitando los eurobonos! Con los tipos de interés actuales y sin crecimiento económico es imposible que paguemos la deuda.

¿Podemos esperar que la canciller alemana y su gobierno cambie su punto de vista? Es muy difícil. Su diagnóstico de la crisis tiene una parte valorativa que oscurece los problemas reales. El propio acrónimo para designar a los países como problemas (PIGS) es buena prueba de ello. La crisis de la deuda soberana no se debe principalmente al carácter manirroto de los mediterráneos y los celtas irlandeses, sino al incremento rapidísimo del gasto público una vez que los estabilizadores automáticos, como el seguro de desempleo, se pusieron en funcionamiento al estallar la crisis y a la caída profunda de la recaudación tributaria como consecuencia de la recesión.

Otra cosa muy importante es la necesidad de que países como España reorienten profundamente su gasto público. No se trata de recortar el Estado del bienestar, sino de abandonar inversiones en infraestructuras que no nos podemos permitir y son dudosamente productivas. La educación, la investigación y la tecnología sí que son apuestas con futuro. El apoyo a los emprendedores y a las empresas que heroicamente luchan por vender en los difíciles mercados internacionales, también.

* Catedrático de Historia de la Economía de la Universidad de Zaragoza.

